Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

LA CULTURA EN EL PRINCIPADO DE ASTURIAS

Por Emilio Alarcos Llorach

Catedrático de Gramática Histórica de la Lengua Española de la Universidad de Oviedo desde 1951. Académico de la Real Academia Española. Autor de numerosos trabajos y libros, entre ellos, Gramática estructural *y* El español, lengua milenaria. *Fue miembro de la Comisión Asesora de la Fundación Juan March en 1977-78.*

Trazar un esquema del panorama cultural en Asturias obliga previamente a delimitar lo que se entiende por cultura. Sin acometer análisis prolijos de la sustancia conceptual cobijada por ese término, nos contentaremos con llamar cultura a todo lo que el hombre ha añadido (o quitado) a la naturaleza, gracias, precisamente, a las posibilidades que, al nacer humano, ha recibido para actuar sobre ella.

El hombre es individuo particular, pero, a la vez, es un átomo íntimamente unido al tejido de una determinada sociedad. Lo que

---

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología, la Energía, Europa y la Literatura. El tema desarrollado actualmente es «Cultura en las autonomías».

En números anteriores se han publicado *La cultura de Andalucía*, por Antonio Domínguez Ortiz, académico de la Historia y catedrático jubilado de instituto; *Panorama cultural de Castilla-La Mancha*, por Juan Bravo Castillo, profesor de Filología Inglesa en la Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B., de Albacete; *La cultura murciana en la España de las Autonomías*, por María Teresa Pérez Picazo, catedrática de Historia en Murcia; *La cultura riojana: pasado, presente y futuro*, por Manuel de las Rivas, profesor de Enseñanza Media y crítico literario; *La cultura en Aragón*, por José Carlos Mainer, catedrático de Literatura Española de la Universidad de Zaragoza; *Las Islas Canarias: una litigiosa identidad cultural*, por Domingo Pérez Minik, escritor y crítico literario; *Conflicto y actualidad de la cultura valenciana*, por Ricardo Bellveser, crítico literario; y *Panorámica de la cultura gallega*, por Domingo García-Sabell, Presidente de la Real Academia Gallega.

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

haga personalmente (consecuencia de las oscuras predisposiciones de sus genes), está por fuerza sometido a las tendencias vigentes en el medio social en que se mueve. Habría, por tanto, que determinar hasta qué punto la cultura desarrollada en el Principado de Asturias se singulariza respecto de la que caracteriza a áreas más amplias.

Hay también que precaverse contra la frecuente tentación de identificar la cultura, creada y manifestada por grupos más o menos densos de individuos relevantes, con el nivel cultural medio de los anónimos «muchos». Sobre éstos sigue pesando la cultura tradicional sedimentada desde el remoto y misterioso pasado (comportamientos, creencias y supersticiones; artefactos utilitarios o decorativos; canciones, consejas y acertijos, y, sobre todo, la lengua, vehículo y principio ordenador de todo lo demás). Hoy se mezclan con esa tradición —y conviene distinguirlos— los reflejos superficiales, más bien turbios e inconsistentes, con que la moda voluble, en cada momento, barniza culturalmente a las masas silenciosas y grises (aunque, a veces, alguien las «ilumine» y se pongan a gritar).

Por último, cabría preguntarse: ¿es cultura sólo la humanística, plasmada en las artes y en las letras, o también lo es la científica, que, desgajada de la otra, va prevaleciendo en los tiempos actuales? Si estimamos bien cultural todo lo inventado (es decir, encontrado) por el hombre, merced a su inteligencia y su tesón, no quedan de ningún modo excluidos los que ha descubierto la ciencia. Los saberes culturales, sean humanísticos o científicos, se difunden sólo cuando influyen en el desarrollo y el goce racional, estético y ético de los hombres. Pero la propagación y utilización de los productos científicos es una mera técnica que no afecta en absoluto al interior del hombre, y no debe confundirse con la cultura. Cuando usamos el teléfono, una cámara fotográfica, un ordenador o cualquier otro artilugio más «sofisticado», lo hacemos maquinalmente (esto es, como una máquina), ignorando sus fundamentos y sin plantearnos ni por asomo la maravilla de su existencia, y no por ello somos más cultos. En cambio, para adentrarse en la contemplación de una obra pictórica, en la lectura de una creación literaria o en la audición de una composición musical, es precisa una actividad consciente, que no conduce a resul-

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

tado práctico alguno y que pretende sólo la pura delectación y el enriquecimiento intelectual. No rechazamos la necesidad de aprender técnicas para mejorar nuestra vida en estos tiempos nuevos de la llamada «postmodernidad» (o, mejor, «prefuturidad»), en los cuales se relegan como cachivaches inútiles los saberes humanísticos; pero para el armónico desarrollo del hombre creemos imprescindibles las viejas disciplinas, si no queremos convertirnos en inconscientes y programados robots.

La situación presente en Asturias no permite hablar de una cultura asturiana que difiera de la que existe en otras áreas de España, ni tampoco de la que caracteriza al mundo occidental. En este aspecto, a lo sumo, se observarán variaciones cuantitativas respecto a la densidad o la difusión de la cultura. En unas zonas los cultos abundan más que en otras; pero los componentes culturales son en esencia los mismos. En Asturias, como en otras partes, sólo resultan divergentes hechos derivados de su tradición histórica (lengua, costumbres, creencias, etc.), los cuales, cada vez más, van diluyéndose bajo los aludes incontenibles y niveladores de los modos de vida universales.

CULTURA EN ASTURIAS

Por ello, hablamos de cultura en Asturias y no de cultura asturiana. El intento de elaborar artificialmente un constructo de rasgos culturales que hagan destacar distintivamente a una región (en nuestro caso, a Asturias) frente a las demás entidades humanas de la nación, a base de exacerbar, exagerar y distorsionar algunos particularismos y de amputar, ocultar o rechazar otros componentes que, vengan de donde sea, son aquí, desde hace siglos, tan espontáneos y naturales como en otras áreas del país, es pretensión vana de ilusos que sólo conduce al empobrecimiento aislacionista, a un voluntario ascetismo autárquico sin compensación de ninguna especie. Restaurar el hipotético pasado de una utópica edad dorada, eliminando lo que en el presente no concuerda con él (aunque, a la vez, empleando los medios que éste ofrece), es operación de dudosos resultados y no exenta de peligros. Si es loable el patriotismo espacial, el amor a la tierra en que se vive, hay también otro modo de patriotismo consistente en

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

aceptar el tiempo que nos ha tocado vivir, sin cerrarse, en nombre de la fidelidad al pasado, a las novedades culturales que van apareciendo.

El Principado de Asturias coincide con la provincia de Oviedo establecida en 1833. Su territorio, aunque unificado desde la Edad Media, nunca ha sido homogéneo, en virtud de su compleja orografía. Ya consta en los tiempos históricos más antiguos su diversidad humana, apreciable todavía en aspectos concretos como la lengua y las tradiciones populares. No obstante, sus moradores hacen gala de un cierto sentimiento diferencial de «asturianía» frente a sus vecinos: ni en el extremo occidental se quiere ser gallego (aunque ésta sea la lengua allí hablada), ni en el confín de levante se identifican con Cantabria (a pesar de sus íntimos contactos), ni nadie aceptará ser confundido con un leonés (sin perjuicio de las patentes similitudes con la otra vertiente de la cordillera). Esta «asturianía» se basa en emociones sociocéntricas tradicionales, que pueden resumirse en la presunción de creerse el cogollo y origen de la nación española y en la vanagloria de ciertas actitudes de «grandeza» que se cultivan, de algunas modalidades gastronómicas y de la virilidad y hondura del canto regional (aspectos todos que pueden declararse «folclóricos»). Pero la «asturianía», idea recibida con fe de carbonero en unos, es más bien en otros «pose» literaria, nada cerril y siempre abierta a todo lo exterior. Los asturianos preclaros, como se dijo de «Clarín», son «provincianos universales».

A la llegada de los romanos, Asturias se repartía (simplificando) entre tres etnias diferentes: los galaicos (que más acá del Eo penetraban hasta el Navia), los ástures (extendidos hasta el Sella) y los cántabros (que se desbordaban más allá del Deva). Tras la derrota de ástures y cántabros, la administración de Roma, respetuosa, en general, ante los particularismos, adscribió esas gentes a tres *conventus* jurídicos, llamados lucense, asturicense y cluniense por el nombre de sus respectivas capitales (Lucus, hoy Lugo; Asturica, hoy Astorga, y Clunia, hoy Coruña del Conde en Burgos). La situación geográfica de estas capitales ya muestra bien a las claras la marginalidad que seguirá afectando al territorio hoy asturiano. Esta remota distribución parece perdurar en los rasgos lingüísticos del romance autóctono: a la margen izquierda del

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

Navia se dice *terra* y *corpo*, mientras a su derecha aparecen ya *tierra* y *cuerpo;* al occidente del Sella existen *farina* y *felecho,* y a su oriente tenemos *harina* y *helecho,* distinciones que se prolongaban hacia el sur, en la provincia de León.

Incluida Asturias, como todo el noroeste peninsular, en la provincia romana de Gallaecia, formó parte del reino suevo hasta que el visigodo Leovigildo, en el año 585, lo absorbió. Pero la rápida irrupción de los musulmanes al principio del siglo VIII dejó casi aisladas las zonas norteñas, poco rentables para los nuevos invasores. Estos territorios, no muy intensamente romanizados y apenas cristianizados, se fueron organizando penosamente, gracias al reflujo de hispanogodos, en una pequeña entidad política. Defendida en parte por la pobreza en recursos naturales, y en parte por las dificultades de la orografía (y de ahí el escaso interés de los musulmanes en asentarse ni distraer efectivos en ella), Asturias se fue configurando como reino pretendidamente sucesor del poder visigodo, y aunando (hasta cierto punto bastante quebradizo), bajo una misma fe y unos mismos propósitos, a las poblaciones de la cornisa cantábrica. Las migraciones acaecidas (la mentada de hispanogodos y luego los aportes de gentes mozárabes y francas) no debieron de modificar sustancialmente la situación primitiva, sino más bien lograron consolidar la romanización y la cristianización.

AVATARES HISTORICOS

Pronto, los avatares históricos produjeron el aislamiento de Asturias, que aún hoy es región poco transitada de los demás españoles (está «en fin de trayecto»). La cordillera cantábrica, con sus obstáculos para la comunicación, ha contribuido poderosamente a la escisión de la antigua unidad romana, de modo que su porción norteña quedó desgajada de las tierras meseteñas. Un lento y continuo escape de población hacia las zonas centrales del país comenzó cuando los reyes asturianos (los hijos de Alfonso III), en 914, ascendieron a la meseta y asentaron su base de operaciones en León. A partir de entonces, Asturias se vio reducida a sus propios recursos y se convirtió en abigarrado mosaico de localismos, poco propicios al auge cultural, dominados por intereses

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

señoriales y eclesiásticos, en luchas intestinas o contra los representantes del lejano poder real. Los asturianos que, acuciados por apetencias materiales o espirituales más consistentes, pretendían huir del marasmo abúlico impuesto por las nieblas, las lluvias, la penuria y el arrinconamiento geográfico, imitaron el ejemplo de los reyes. La incipiente cultura impulsada por éstos y la Iglesia (casi siempre producto de gentes advenedizas) y que ha dejado muestras señeras (como los monumentos prerrománicos) no llegó a difundirse. Por ello, Asturias, durante siglos, antes de la Ilustración, parece un desierto cultural. Los asturianos relevantes o inquietos emigraban a las zonas activas del país. Aquí quedaban los más, bajo doble rutina: la de la vida rural de la subsistencia y la de la estática trascendencia eclesiástica. Cuanto se había hecho y se hacía (erudición mítico-histórica, arquitectura, artes plásticas, música) procedía de la Iglesia y en su mayor parte no era propiamente obra de asturianos. Ni siquiera figuras nacidas en Asturias, como el dramaturgo Bances Candamo o el pintor Carreño Miranda, reflejan en su labor nada que pueda considerarse propio de esta región. Hubo, sí, eruditos, como Tirso de Avilés o el Padre Carvallo, y clérigos ilustres; pero su influjo cultural fue escaso. Rasgo evidente de esa indigencia es el hecho de que no hubiera imprenta estable hasta tiempos muy tardíos y de que sus ediciones se redujesen a opúsculos religiosos y administrativos poco trascendentes. La misma Universidad de Oviedo, fundada por el inquieto y ambicioso inquisidor Valdés Salas, no comenzó sus actividades hasta 1608 y, por la limitación de sus intereses teológicos y jurídicos, no pudo convertirse en foco de irradiación cultural fuera de los medios eclesiásticos. Los clérigos y los juristas ya no tuvieron necesidad de desplazarse a Salamanca u otras universidades del reino; pero, satisfechos con la resignada admiración del ignorante entorno, no dejaron de ser muy limitados cotos cerrados.

Cuando, en el siglo XVIII, se instaura en España, tras cruda guerra, la dinastía de los Borbones, parece que renovadores aires europeos empiezan a orear el empantanado y fétido ambiente de los últimos Austrias. Aunque persisten el intocable influjo de la Iglesia y el freno retrógrado y temible de la Inquisición, el cultivo del espíritu comienza en parte a secularizarse, nuevos intereses se

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

despiertan en la sociedad, los cultos propugnan la conveniencia de extender a más gentes los bienes de la cultura, hasta entonces patrimonio de muy pocos. Los ilustrados y las Sociedades Económicas de Amigos del País tratan de desarrollar la industria, la agricultura, el comercio, y de desterrar supersticiones y rutinas. Sin embargo, tan plausibles propósitos no llegaron a realizarse totalmente, en parte porque aquellos hombres beneméritos (pero más bien conservadores y pusilánimes) se arredraron ante las violencias de la Revolución francesa y, atemorizados, fueron incapaces de sacudirse de encima el peso inexorable de una tradición y unos comportamientos vitales que en el fondo seguían acatando reverencialmente. No han de engañarnos la brillantez y la valía de una pléyade de hombres preclaros. La masa amorfa y pasiva del pueblo continuó empecinada en creencias más o menos inútiles, ciega a la razón práctica y dispuesta como siempre a aceptar y obedecer las voces de cualquier iluminado charlatán (que nunca ha faltado).

Con la Ilustración florecen en Asturias dos grandes personalidades: Feijóo y Jovellanos. Gracias a su encarnizada e infatigable labor, el mortecino rescoldo cultural de la región se aviva poco a poco y los asturianos comienzan a teñir con sus tonos propios la corriente general de la cultura española. En la escena nacional, descuellan importantes figuras: Campomanes, Campillo, Toreno, Argüelles, Martínez Marina, Canga Argüelles, Flórez Estrada, Riego, etc. Los propósitos del Real Instituto Asturiano, fundado en Gijón por Jovellanos en 1794, eran teóricamente extraordinarios y válidos para el futuro. Con objeto de adiestrar técnicos competentes para la minería y pilotos hábiles para la náutica, Jovellanos establece un plan de estudios equilibrado y preciso, en el cual a las disciplinas científicas (Ciencias Naturales y Exactas) se agregaban otras humanísticas y prácticas (Dibujo, Lengua francesa e inglesa, y Gramática y Literatura españolas). Pero las intenciones iniciales del Instituto no se mantuvieron mucho tiempo después de la muerte de su creador. Tras varias transformaciones y eclipses, a fines del siglo XIX, quedó convertido en instituto de segunda enseñanza, que del espíritu fundacional sólo conserva el apellido.

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

ESPLENDOR UNIVERSITARIO

La Universidad, a pesar de los esfuerzos enciclopédicos del padre Feijóo, tampoco consiguió salir de la estricta rodera de lo teológico y lo jurídico. Tuvieron que pasar muchos años para que, replegada la teología al Seminario diocesano, se fuesen desarrollando, junto a las leyes y la filosofía, los saberes de las ciencias experimentales —en contra muchas veces de los poderes públicos—. Sólo en el último tercio del siglo XIX, una de esas concurrencias fortuitas de factores propicios, que se dan en raras ocasiones, colocó a la Universidad ovetense en el primer rango nacional. A ello contribuyó no sólo la presencia de Leopoldo Alas, arraigado en la ciudad desde 1883 hasta su muerte, con la resonancia evidente de su magisterio crítico sobre toda la intelectualidad española, sino también la reunión en el claustro de Oviedo de un grupo de catedráticos competentes y entusiastas, casi todos asturianos y muchos educados en las ideas regeneracionistas y morales de la Institución Libre de Enseñanza: Buylla, Sela, Posada, Altamira, Canella, Aramburu, Estrada, Díaz Ordóñez, Vallina, Rioja, Urios... Este grupo, que Joaquín Costa designó como «movimiento de Oviedo», no satisfecho con la simple y forzosamente minoritaria actividad pedagógica en las aulas, hizo posible, siguiendo ejemplos ingleses y franceses, el establecimiento de la «Extensión Universitaria», que desde 1898 quiso acercar la Universidad al pueblo para difundir, entre menestrales y obreros, conocimientos e ideas que completasen la incipiente formación intelectual en que quedaban estancados al terminar la primera enseñanza.

Simultáneamente, en la segunda mitad del siglo XIX, la explotación de las minas, la siderurgia y la industrialización habían producido una profunda revulsión en el rutinario vegetar de campesinos y artesanos. Con las técnicas y los capitales extranjeros llegan brisas modernas. Las masas populares comienzan a agitarse. Las nuevas doctrinas sociales se propagan. Periódicos y revistas —a menudo efímeros— contribuyen a despertar el interés del pueblo hacia otros bienes que los puramente materiales. Recordemos la labor cultural de muchas sociedades, como la del Ateneo Casino Obrero de Gijón, que promueve conferencias de

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

divulgación, manifestaciones musicales y artísticas, y que establece una biblioteca bien surtida, con su sección circulante, asiduamente utilizada. No olvidemos tampoco a los indianos enriquecidos: de vuelta a sus lugares de nacimiento, se costean sólidas mansiones y lujuriantes mausoleos (émulos recientes de Fernando de Valdés Salas); pero, añorantes de una cultura que no habían podido recibir cuando tuvieron que emigrar por ser excedentes de mano de obra, no descuidan su apoyo al bienestar del pueblo, financiando escuelas y otras instituciones. En esos años finiseculares y anteriores a la guerra europea, los modos de vida se modernizan con ritmo e intensidad superiores a los de otras regiones españolas, y se van desterrando muchas viejas tradiciones. Asturias es una de las provincias con menor analfabetismo de España. Escritores, pintores, políticos, científicos asturianos descuellan en la vida del país. Y así llegamos —a través de los bandazos sangrientos de todos conocidos— a la actualidad.

El patrimonio cultural depositado por los siglos en Asturias es rico y vario, a pesar de los destrozos de la incuria, de la violencia o de la rapiña. Cuevas y abrigos, testimonio de la prehistoria; yacimientos de etnias que por primera vez europeizaron la región, como los castros; restos de la romanización, en termas, mosaicos, lápidas; templos y construcciones del reino asturiano; monasterios e iglesias del románico y del gótico, alhajados con valiosas muestras de orfebrería, de escultura, de pintura; edificios de un renacentismo pronto barroquizado, y hasta ejemplos notables del modernismo se ofrecen hasta hoy a la curiosidad o al estudio. Más objetos artísticos y arqueológicos o de la cultura popular se conservan en Museos como el Arqueológico y el de Bellas Artes de Oviedo, la Casa Museo Jovellanos de Gijón, y en colecciones particulares, como las del Tabularium Artis Asturiensis, la Fundación Selgas, el Museo Evaristo Valle, etc. Los archivos de la Catedral, del monasterio de San Pelayo y otros custodian abundantes documentos históricos de varia especie. Bibliotecas públicas, como la Universitaria (y sus ramificaciones) y el Centro Coordinador, y otras privadas atesoran la riqueza bibliográfica. Sociedades filarmónicas, la Orquesta Sinfónica, agrupaciones corales difunden la música de todas las épocas y, gracias a la labor de musicólogos y compositores ilustres, mantienen el cancionero

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

popular tradicional. Proliferan también los conjuntos que propagan las últimas modas del canto. Acaso es este aspecto musical lo que florece con mayor vigor y arraigo, puesto que incluso es Oviedo una de las pocas ciudades del país que sostiene una temporada de ópera, que, si bien es a veces objeto de crítica por su pretendido carácter «elitista», goza de una firme y fiel tradición de aficionados. La actividad escénica ofrece agrupaciones teatrales de gran interés y el público sigue con adhesión las representaciones de compañías madrileñas que no son tan frecuentes como se desearía. Existen en diferentes poblaciones Ateneos, Casas de Cultura (como la de Avilés), Cine-clubs y otras sociedades, como «Tribuna Ciudadana», que organizan conferencias, debates, exposiciones y otros actos. Se convocan premios literarios de importancia, como el de Cuentos de la Sociedad de Festejos de San Pedro de La Felguera, o el «Tigre Juan» para novela corta de la citada «Tribuna Ciudadana». Numerosas salas de exposiciones secundan la labor de los museos y de instituciones como la Caja de Ahorros de Asturias para dar a conocer la obra de artistas asturianos y foráneos.

Varias editoriales (Ayalga, Cañada, Mases, etc.), son testimonio de la importancia del libro asturiano: la *Gran Enciclopedia Asturiana,* la *Historia de Asturias,,* la *Colección popular asturiana,* etcétera. También editan libros de varias materias algunas instituciones: la Consejería de Cultura del Principado, el Instituto B. de Quirós de Mieres, la Sociedad de Bibliófilos Asturianos, la Cámara de Comercio de Gijón, la Caja de Ahorros. En este dominio destacan el Instituto de Estudios Asturianos, fundado en 1946, y, como es lógico, la Universidad. Esta, que, tras el colapso de la revolución de 1934 y la guerra civil, estuvo a punto de desaparecer, fue paulatinamente saliendo de su marasmo. Se han desarrollado sus enseñanzas. Las tres reducidas y amortiguadas Facultades de los años cuarenta (Derecho, Ciencias Químicas y Filosofía y Letras), con parvo alumnado y escasos medios de trabajo, se han desarrollado hoy en un complejo de centros docentes y de investigación, con casi excesivos estudiantes. Se han creado nuevas Facultades y se han escindido otras: junto a Derecho nace la de Ciencias Económicas y Empresariales; son tres las Facultades científicas: Química, Biológicas y Geológicas; funcionan dos

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

Escuelas superiores de Ingenieros y la Facultad de Medicina; se han separado las Facultades de Filología, de Filosofía y Ciencias de la Educación, y de Geografía e Historia (con secciones aparte de Arte y de Musicología). Su labor se plasma en diferentes revistas y publicaciones, entre ellas, *Asturiensia Medievalia, Speleon, Breviora Geologica,* y, especialmente, *Archivum,* iniciada en 1951 y que, de ser boletín común a todas las disciplinas de letras, se ha concentrado en los trabajos propios de la Filología. También el Instituto de Estudios Asturianos publica un *Boletín,* consagrado a temas asturianos, y numerosos volúmenes monográficos. Hay otras revistas culturales, como *El basilisco,* y, sobre todo, la que patrocina la Caja de Ahorros de Asturias, *Los Cuadernos del Norte,* revista abierta a todos los vientos de la cultura, pensamiento, arte, literatura, cine, ciencia, etc., y que es, sin duda, en contenido y en presentación, una de las mejores revistas actuales del país.

EL «BABLE»

Hay, finalmente, un aspecto de la cultura asturiana que ha sido protagonista de polémicas más o menos enconadas: el particular idioma autóctono de la región, el dialecto latino que en ella nació, el llamado «bable». Cultivado hace tiempo por autores en general de intención festiva, y estudiado por lingüistas desde hace un siglo (sin contar los beneméritos proyectos de Jovellanos), es hoy objeto de la atención «recuperadora» de quienes pretenden elevarlo de su tradicional rusticidad a la categoría de lengua escrita de cultura, movidos sentimentalmente por la creencia de ver en él el símbolo inequívoco de la identidad autónoma de la región. En este esfuerzo ilusionado destaca la labor de la Academia de la Llingua asturiana, que publica un interesante boletín, mixto de investigación, erudición y creación, titulado *Lletres asturianes,* y una serie de libros poéticos, narrativos, etc.

Esta farragosa, aunque incompleta, nómina de hechos culturales del Principado puede producir la impresión de que el nivel cultural es muy alto. Pero (volviendo a lo dicho al principio), ¿hasta qué punto tal floración espesa y brillante impregna, desde el exiguo estrato de las minorías cultivadas, al pueblo llano, a la «inmensa mayoría»? No hemos de engañarnos. El ocio cultivado

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

no se extiende como mancha de aceite. El asturiano medio —como el ciudadano medio de otras áreas— no pasa, en general, de lucir una delgada laca superficial proveniente de los dispersos brochazos culturales que se imponen desordenadamente desde la propaganda de los medios de comunicación. Se leen bastantes periódicos, aunque las tiradas sean cortas: los diarios, en el mejor de los casos, no superan los cincuenta mil ejemplares, cifra escasa para una población de más del millón de habitantes. Pero esos datos encubren la realidad de que, con frecuencia, un solo ejemplar es leído por decenas de lectores: ¿cuántos manosean el diario que por lo común está a disposición de los clientes en bares, chigres y similares? Es cierto igualmente —y tampoco peculiar de Asturias— que las secciones preferidas de la mayoría son las deportivas y, en especial, las dedicadas al fútbol. Y nos preguntamos: ¿es cultura también el deporte, el espectáculo deportivo? Habrá que afirmarlo, cuando de los helénicos juegos olímpicos nacieron las odas de Píndaro, y cuando, tanto a escala nacional como autonómica, la administración engloba cultura y deporte en un mismo departamento.

Y para concluir, como muestra de que la cultura no ha llegado todavía a penetrar profundamente en la masa general, nos referiremos a los datos de una reciente estadística, establecida sobre una encuesta regional promovida por la Consejería de la Presidencia del Principado y realizada por la «Sociedad Asturiana de Estudios Económicos e Industriales» (SADEI). Inducidos los encuestados a que citasen nombres de escritores, artistas y monumentos asturianos, las cifras obtenidas son penosas: no conoce ningún monumento el 26,5 por 100, no puede señalar un solo artista el 47,5 por 100 y son incapaces de mencionar un solo escritor los componentes del 56,9 por 100. Muy otro resultado ofrecería la encuesta si en lugar de preguntar por artistas y escritores, se hubiesen inquirido nombres de cantantes, grupos musicales, futbolistas o deportistas en general. Claro es que esta estadística no diferiría mucho (y acaso sería menos brillante) si se hubiese aplicado la encuesta a otras autonomías del país (e incluso en otros «grandes» países: recuerdo que un estudiante de Texas, en 1961, me preguntaba que hacia qué parte de España caía Macedonia).